

PÁGINAS MÁGICAS

Sirva lo que antecede como introducción. En realidad lo que me interesa compartir es una experiencia personal que me ha llevado a postular la hipótesis, difícil de probar, es cierto, ustedes me perdonarán, la hipótesis, decía, de que un orden de una biblioteca es la confesión de una vida, un orden determinado de cuadernillos rectangulares de cartón, de cosas, en los estantes de madera o en el escándalo de un piso o una mesa, es una biografía, o, por lo menos, un más o menos inconsciente o voluntario autorretrato.

Veamos. Cuando tuve mi primer libro no hubo problema, lo dejé por ahí. Ésa era mi biblioteca (estricta o etimológicamente hablando: sitio donde se guardan libros). Cuando, al tiempo, tuve mi segundo libro, tampoco hubo demasiado problema, lo dejé ahí al lado del otro. Ésa seguía siendo mi biblioteca. El problema empezó a suscitarse con el tercero, conjugado con mi manía por el orden racional de las cosas. Los recuerdo. Eran, disculpen mi conservadurismo lector, *El Quijote*, libro español escrito en un castellano más o menos antiguo, parodia humorística o tragicómica de las novelas de caballería que la precedieron, iniciador de la novela moderna, libro canónico de la literatura de habla hispana, escrita por un soldado desterrado y olvidado que vagaba por las cortes en busca de mecenas, buen libro para mi gusto, escrito en una prosa por momentos de un lirismo brillante, etc., etc.

En mi breve biblioteca también estaba el *Martín Fierro*, obra cumbre de la llamada "literatura gauchesca", escrito en sonoros versos octosílabos de dicción gaucha por un bonaerense de pasado semi-rural, libro decimonónico que defiende sin sordina, destacando sus virtudes y justificando sus flaquezas, al hombre marginal que seguía siendo el gaucho por estas pampas, y por lo tanto libro político si los hay, muestra ejemplar de poesía narrativa, que Borges llamó (en broma, como quizá todo lo que dijo) novela de aventuras; y el *Julio César* de Shakespeare, título de los menos recomendables del encantador y a veces increíble dramaturgo, a mi juicio, con un argumento histórico que es el de la conspiración y asesinato de Julio César en los Idus de Marzo del 44' antes de Cristo, la represalia posterior de los sucesores de César y la hero-

ización final de Marco Junio Bruto, conspirador y asesino del César, por su nobleza y convicciones morales y políticas.

Se me dirá, qué problema puede haber para yuxtaponer tres libros en una supuesta o pretendida biblioteca. Lo que sucede es que el problema no radicaba, como dije antes, en los libros, sino en la conjunción de los libros y la manía clasificatoria del poseedor de dichos libros.

Se supone, o yo lo suponía, que la biblioteca empieza, como las páginas de los libros, de izquierda a derecha, con lo cual había un primer, un segundo y un tercer lugar a ocupar. Y se supone, o yo suponía, que la numeración no es objetiva sino altamente valorativa como los peldaños de un podio o los puestos de un ranking. Al principio el orden fue, por supuesto, el de llegada. El tiempo. Entonces quedó *Quijote* (Enero), *Martín Fierro* (16 de Febrero, fecha de mi cumpleaños), *Julio Cesar* (16 de febrero a la tarde, cuatro o cinco horas después que el de Hernández).

Pero luego empezó a parecerme injusto, o, por lo menos, arbitrario. Definir un orden por la simple sucesión de sus respectivas llegadas a mi biblioteca, era la fácil imposición de un criterio totalmente externo y superfluo que nada tenía que ver con los libros en sí. Entonces pensé otro orden. Busqué una salida no muy lejana a la anterior para no descalificar tan de golpe al hombre que había sido yo hacía poco tiempo cuando ubicaba los libros por orden de llegada.

Entonces el criterio siguió siendo temporal, cronológico quiero decir, pero esta vez de carácter interno a las obras. Tenía la ventaja de ser objetivo, sin conflictos. Entonces quedó *Julio Cesar* (1600), *Quijote* (1605-1615), *Martín Fierro* (1872-1879). Y listo; solucionado.

Pero el orden seguía sin convencerme. Resultaba que ahora me quedaba una obra de poca monta, de unos 60 páginas (una traducción del montón, la verdad) escrita por un inglés, en el primer

